

no da la sensación de que soporta las palabras. Es ella quien las dirige, para su íntima esperanza, y bien se nota que da aire y ayuda a quien padece, como una mujer experta en ir brindando corazón.

\* \* \*

ANTONIO DE LA TORRE, *Coplas*.—Mendoza, Argentina, Ediciones Oeste, núm. 2, "Colección de autores cuyanos", 1943. 150 pp.

Modernismo y post-modernismo, si bien apuntan a América, marcan un principio desarraigal. Pudiera decirse que durante treinta años hemos vivido con una personalidad a préstamo. La poesía agonizaba por falta de puntos de sustentación. Semejaba una ceiba que, derribada por el huracán, vibraba toda con sus raíces al aire. Obligación nuestra, obligación generacional, era la de replantar la poesía en la tierra. Por dos caminos se está llegando a este replantamiento: por el del individuo que ahonda en sí mismo, en busca de la forma auténtica y el propio conocer, y por el de la colectividad, en cuyos estratos se sondea lo representativo y conductor de las esencias populares. Ninguna de las dos manifestaciones constituye corrientes aisladas. La tónica de la literatura actual marca una vuelta al hombre y un retorno a la autoctonía. Las formas líricas seculares en que el pueblo gusta de expresarse: romance, décima, copla, están obteniendo remociones técnicas, al par que se las dota del espíritu que reclama nuestro tiempo. Ni Arvelo Torrealba en las venezolanísimas *Cantas y Glosas al cancionero*, ni los argentinos Luis Cané en *Bailes y coplerías* y Antonio de la Torre en *Coplas*, han esgrimido la piqueta del exhumador, sino que han revalidado lo vivo del folklore, lo que cada pueblo va trabajando por dentro y el poeta capta con los instrumentos de la intuición creadora.

Antonio de la Torre pertenece al Cuyo, la provincia más continental de América, y figura en el Grupo "Oeste", esa mendocina anficción de oteadores de la americanidad. *Gleba* y *La tierra escondida* constituyen sus anchurosos antecedentes líricos. El trazo típico y la emoción colorista, lo enriquecen y conforman. Lo que circula por su canto es lo más vivo del sentimiento popular. Arturo Capdevila, refiriéndose a las coplas de Antonio de la Torre, afirma que son tan excelentes, que mejores no las conoce en castellano. Su virtud es desintoxicativa de lo culto a ultranza. Cultura llana es la que pone a circular cuando en su esencia lírica traduce dichas y nostalgias, pesares y ensueños. El sentimiento amoroso y el sentimiento del paisaje infunden carácter y buen aire a sus notaciones breves. Los que descubre son los primerísimos estímulos vitales. Porque vive embebido en la tierra sanjuanina —ahí donde transita aún la sombra recia de Sarmiento y el recuerdo grave de San Martín—, porque se empapa en lo más pueblo del pueblo, es decir, en lo más auténtico de sus tradi-

viento y del agua, es por lo que en sus *Coplas* se siente, de manera entrañable, la urgencia y el llamado cardinal de lo telúrico.

Impresión de sacudida es la que dejan las *Coplas* de Antonio de la Torre, integradas a efluviio de tierra y primera agua de poesía. Un alto y hondo popularismo se decanta en la cuádruple raíz de estas canciones, en las que Cuyo obtiene cuerpo sentimental y evocativo. El suelo y el hombre, en dimensión unitaria y anchura expresiva, están presentes en cada imagen, en cada verso, en cada giro vernáculo y emocional de la cuarteta octosílaba. El rumbo de su orgullo se equilibra en esta copla: "Soy de la tierra del vino — y del Zonda bramador; — a tragos se va la vida, — al viento se va el amor!" . . . Y la profundidad vocacional, el misterio mismo del nacimiento del verso, lo vierte en este breve y armonioso grito: "Copla por haber soñado, — copla por haber vivido, — y copla por lo reído — y copla por lo llorado . . ."

Franqueamiento y llamado del territorio aborigen constituyen lo más ceñido y señero de estas *Coplas*. Ágiles y frescas, lucen mondadas de todo artificio; en ellas no existe rebusca retórica ni alambicamiento psicológico. Son expresiones enteras de emoción sencilla en trance de simplicidad. La mejor conquista de Antonio de la Torre consiste en expresar la vocación de la tierra y el amor del hombre, y en expresarla en síntesis emotiva en la que lo intenso se ha trabajado a través de lo espontáneo. Este es su mérito más grande y éste es su mayor elogio.

\* \* \*

MANUEL UGARTE, *Escritores iberoamericanos de 1900*.—Santiago de Chile, Ediciones "Orbe", 1943. 252 pp.

Cronológicamente y en rigor, abarca el libro de Manuel Ugarte *Escritores iberoamericanos de 1900*, la generación así denominada, y cuyos componentes, en su sector más anchuroso, ya han desaparecido de la escena contemporánea. Los doce escritores cuyo significado indaga y cuyas vidas perfila, encontraron un estilo propio, crearon un cuño, que es cosa distinta a lo modal. El estilo crea, se prolonga y organiza la existencia. La moda imita, dura poco, es externa y se distingue por la transitoriedad de sus componentes. La generación de 1900 creó un estilo de vida: el arielismo. Las tendencias "ísmicas" que la sucedieron no han llegado a plasmarse en estilo. De ahí la importancia que adquiere la valoración social y artística y hasta la indagatoria de los giros preferidos por los novecentistas.

Así como en España la Generación del 98 toma en conducta y en carácter un ademán semejante, la generación americana del 900 toma una idéntica posición artística; a la una la define el desencantado escepticismo y a la otra un desdén por todo lo que no sea aventura del espíritu. Escéptica la una, optimista la otra, convergen ambas a la adaptación al cómodo vivir burgués, aun cuando los americanos vivan en atmósfera de exilio, desarraigados de su tierra, alcanzando a adaptarse sólo transitoriamente.